

**Hiroshima**  
Por  
Morgane L'Amoulen



Me llamo Hiroko y vivo en Nagasaki. No trabajo, me quedo en casa todo el día en casa con mis hijos. Mi esposo, Yanajido, había ido a Hiroshima para ver a sus padres.

Ahora, no sé donde está. Desde hace tres días, ya no tenemos ninguna noticia. Las líneas telefónicas están cortadas, hay oficiales en la calle... Nadie sabe exactamente lo que pasa. Yo sólo deseo que mi marido vuelva de Hiroshima y que esté con nosotros, su esposa y sus hijos. Tengo un presentimiento. ¡Hiroshima, Hiroshima! ¿Qué ocurrió realmente allí? Mis vecinos tampoco lo saben: la mujer vieja del tercer piso sigue esperando a su hijo, que había ido a Hiroshima para encontrar trabajo; el hombre del primer piso se quedó esperando a su familia para celebrar su cumpleaños. Pero esta mañana, todo va a cambiar. Se puede sentir en el aire, en el ambiente, una sensación indescriptible, mezclando tristeza y horror, incompreensión e indignación.

"¡Los americanos han destruido Hiroshima! ¡Ya no queda nada! ¡Miles y miles de muertos!", se grita en las calles.

Me precipito al hospital donde se habían reunido una gran parte de los supervivientes.

Ahí reina la confusión, la desorganización, el caos... Unas personas, horriblemente quemadas, están sentadas junto al suelo y nadie se preocupa de ellas, las enfermeras y los médicos no dan abasto. Examino las caras desconocidas a mi alrededor, buscando frenéticamente a mi marido... Ahí está, cerca de la oficina de las enfermeras, sentado contra la pared, con terribles quemaduras sobre la cara, mirando al vacío. Me lanzo hacia él para abrazarle. Da el reloj en la pared las once.